

Apuntes que corresponden a la traducción de partes no continuas de un libro que se está publicando en castellano de Sieglinde Schneider "Las necesidades de los niños" (estos apuntes han sido facilitados por Mercè Traveset)

Lo que los niños necesitan

Un niño tiene dificultades en el colegio, quizá manifieste comportamientos difíciles o cae enfermo una y otra vez. En un caso así, tanto padres como maestros se preguntan "¿por qué?", y detrás suena otra pregunta: "¿quién tiene la culpa?". En consecuencia, los maestros ven a la familia como chivo expiatorio y a la inversa. Frases como: "Si mi hijo hubiera tenido un maestro sensible y comprensivo sería más aplicado en los estudios", o: "No es de extrañar, ¡con estos padres!", expresan esta actitud. La mirada partidaria se fija en el problema, y el niño mismo ya no se percibe, simplemente queda etiquetado como víctima.

En los primeros tiempos de mi trabajo como psicopedagoga, con frecuencia tomaba partido a favor del "pobre niño", mirando críticamente a los padres que, al fin y al cabo, eran los responsables del comportamiento indeseado o el fracaso del alumno. El encuentro con Bert Hellinger y con su terapia familiar sistémica fue incisivo y cambió por completo mi actividad como asesora.

Cuando nosotros, tanto padres como maestros, miramos al niño y nos preguntamos: ¿cuál es el objetivo positivo de este niño en aquello que hace?, ¿dónde está atado en su comportamiento, por amor?, permitimos que una dinámica más profunda salga a la luz y que la mirada se dirija al contexto mayor, al niño como miembro integrado en su familia. En lugar de percibirlo como víctima, el niño se convierte en una persona que actúa por amor. Durante la consulta psicopedagógica, la pregunta de: "¿cuál podría ser la buena intención de su hijo o de su hija?", alivia a los padres, evitando, al mismo tiempo, cualquier culpabilización.

¿Qué ata a un niño?

Los niños forman parte de su familia, una comunidad unida por el destino, y por amor asumen una tarea para el bien de sus padres, o pretenden ser padre o madre para sus propios padres cuando éstos parecen necesitados.

Así lo experimento, por ejemplo, con alumnos que no consiguen participar en las colonias. Desde un punto de vista más superficial parece como si los padres no pudieran soltar al hijo; muchas veces, sin embargo, ocurre al revés. Una vez tuve un alumno de 16 años que una y otra vez retiraba su inscripción para el viaje de final de curso por objeciones y preocupaciones poco convincentes, aunque, en el fondo, sí quería venir. Finalmente fue el padre quien lo inscribió definitivamente. Según se iba acercando la fecha, el chico empezó a enfermarse y acabó vomitando cada mañana.

Cuando la madre acudió a la consulta me contó que esa situación no era del todo nueva, que en sus primeros años de Educación Infantil, su hijo había "montado un numerito parecido" cuando su clase hizo una excursión de cuatro días a una granja. Le pregunté cuál podría ser el motivo por el cual su hijo no quería ausentarse de casa por mucho tiempo, por quién podría sentirse preocupado, y le pedí que configurara la imagen de su familia -ella misma, su marido y su hijo- con la ayuda de unos muñequitos. Ella puso a su marido algo apartado, pero de manera que podía ver a su familia. A su hijo lo puso muy cerca delante de ella misma. A través de las figuras se notaba una relación muy entrañable entre ellos dos que era algo más que una relación madre-hijo. Mi imagen era la de dos niños cogidos de la mano, sujetándose bien fuerte.

Así pregunté: "¿Quién falta en su familia de origen?" En un principio se mostró perpleja, pero después dijo: "No sé si eso es importante, pero mi hermano, con 14 años, murió ahogado en un granero".

Le pedí que colocara también a una figura para su hermano. Lo puso detrás de su hijo, de manera que ella, por encima del hombro de su hijo, lo podía ver. En un principio, su expresión fue de profunda tristeza cuando colocó la figura de su hermano, y después se volvió radiante cuando empezó a hablar de él: "Fue un sol, todos lo querían y yo, de pequeña, siempre pensaba que habría sido mejor que yo me muriera". A través de la Constelación se hizo patente que su hijo representaba a su hermano y, al mismo tiempo, estaba preocupado por su madre, queriendo retenerla. Fue conmovedor ver cómo la madre volvió interiormente con su hermano, lo abrazó y se despidió de él con amor, y cómo el tío pudo convertirse en fuente de bendición y fuerza para su sobrino.

Como consecuencia, el hijo participó en el viaje de final de curso. Los hijos siguen a los padres en su destino, y unidos a ellos por amor dicen: "Querida Mamá / querido Papá, mejor que lo lleve antes que tú". El amor del hijo es tan profundo que prefiere sufrir y estar triste él mismo cuando intuye que uno de los padres lleva alguna carga. Muchas veces decimos: "¡Pero qué hacen estos padres de su hijo!" La dinámica más profunda, sin embargo, es que los hijos miran a sus padres e interiormente deciden: "yo quiero salvarlos", o: "yo quiero llevarlo en vuestro lugar, para que a vosotros os vaya mejor".

Hace unos años tuve un alumno con un fuerte tartamudeo. Por su enorme empeño, sus trabajos escritos en todas las asignaturas eran tan buenos que le permitían compensar los fracasos orales. Lo llamativo fue que el chico hablaba sin tartamudear cuando tenía la impresión de que nadie se fijaba en él. Hacia finales de su último curso escolar vino a la consulta acompañado por su madre. Estaba muy desanimado, ya que tenía que presentarse a una entrevista laboral y estaba convencido de que no tenía ninguna posibilidad de superarla. Según afirmaba la madre, no existía ninguna causa fisiológica para el tartamudeo, lo cual, en un principio, supuso un alivio para ambos.

Le pregunté: "¿Quién en la familia debería tartamudear quizá?" Por un momento, la madre se quedó sorprendida, después contó: "Tuve a mi hijo de soltera y su padre nos visita un fin de semana al mes. A su mujer y a sus hijos, que no saben nada de nuestra existencia, les dice que tiene que viajar a Munich por razones de trabajo". Incluso el chico comprendió inmediatamente que el tartamudeo en el fondo pertenecía a su padre. Un tanto avergonzado le dijo a su madre: "En una de las últimos encuentros con papá le dije que si ya no quería venir a vernos, yo lo comprendía. No quiero que tenga problemas por mi culpa." A continuación hicimos un trabajo breve con imágenes interiores en las que el hijo miraba a su padre como el grande que llevaba la responsabilidad.

¿Qué necesita un niño?

Cuando nos fijamos en los niños y en su profundo amor que los ata a un destino ajeno, la siguiente pregunta sería: ¿qué necesitan para poder desprenderse de buena manera de las implicaciones y quedar libres para lo propio?

En primer lugar, los niños necesitan a ambos padres. Los padres pueden fracasar en su relación de pareja, pero siempre siguen siendo padres. Con frecuencia observamos cómo, tras una separación, uno de los padres es excluido -la mayoría de las veces, el padre-, o se impide que el hijo mantenga el contacto con él. Durante mis años de profesora pude comprobar que los niños con este trasfondo frecuentemente se muestran despistados y soñadores. En la consulta, en cuanto aparece este tipo de descripción para el comportamiento de un niño, suelo preguntar: "¿Con quién o con qué estará soñando el niño?"

En una ocasión, una madre acudió a mi consulta preguntándome qué podía hacer para que su hijo cambiara. Lo describió como demasiado tímido, demasiado callado, demasiado soñador y sin

fuerza. Ella misma daba una apariencia más bien dinámica y apenas se pudo contener en su descripción del hijo desgraciado. Cuando le dije: "La persona que usted me acaba de describir no es su hijo", en un primer momento se extrañó mucho. Después le pregunté: "Esta descripción, ¿es válida para su ex marido, el padre de su hijo?". La mujer reaccionó con una risa, afirmando que ése era precisamente el problema, que los dos se parecían tanto, y que ella estaba convencida de que su hijo no podía ser feliz si acababa siendo como su padre. Como madre ya lo había intentado todo para que se abriera más, para que fuera más deportista y sociable, pero sin ningún éxito. Según su opinión, el contacto con su padre no favorecía en nada al hijo; todo lo contrario, aun reforzaba más su carácter huraño.

El trabajo con la madre fue muy breve. Le pregunté cómo se sentiría su hijo si pudiera escuchar nuestra conversación, y cómo se sentiría si ella le dijera: "Yo no pude seguir viviendo con tu padre, pero tal como es, es el mejor padre para ti y si tú te haces como él, estoy de acuerdo". Sumamente indignada, la madre contestó que jamás podía estar de acuerdo con eso.

Tres meses más tarde, la encontré en la fiesta de final de curso y me contó que en un principio estuvo tan molesta por la consulta que pensaba presentar una queja en Dirección. Por falta de tiempo, finalmente no lo hizo. Pero un tiempo después ocurrió algo extraño. La frase de "en ti siempre estoy unida con tu padre, y si te haces como tu padre, estoy de acuerdo", no la soltó. En algún momento sintió: "No puedo ni quiero seguir viviendo con mi ex marido, pero de la forma que vive, seguramente tendrá una vida satisfactoria, sólo que no es para mí. Pero eso es un asunto mío". De repente incluso se encontró recordando los buenos tiempos con su marido.

Un día, a la hora del desayuno, se quedó mirando a su hijo y pensó: "Está bien que seas como tu padre. Al fin y al cabo me enamoré de él alguna vez". Además, hacía dos semanas que su hijo, a quien siempre había descrito como un sedentario, le había comunicado que se había inscrito a un curso de tenis y que durante las vacaciones quería irse dos semanas de viaje con su padre. La madre estaba encantada.

Donde uno de los padres es menospreciado, el hijo, con profunda lealtad, se une al más "débil" y tiene que representarlo. Cuando, por lo contrario, tiene el permiso de amar a ambos padres, se encuentra libre para lo propio y lo nuevo.

Pero los hijos no sólo necesitan a ambos padres, también necesitan a padres que sean padres de verdad. Los padres no son compañeros. En muchas ocasiones tuve que escuchar a padres diciendo que no podían exigirles tanto a sus hijos, porque entonces ya no eran su amiga o su amigo. Sin embargo, los padres son padres y no amigos. Los amigos se buscan en otra parte.

Una alumna había recibido muchos castigos escolares por su comportamiento rebelde y por su tono contestatario, y finalmente se le avisó de la posible expulsión. Cuando la llamé para una entrevista, a primera vista parecía muy pasota y, al mismo tiempo, impotente. Durante la conversación contó que su madre era su mejor amiga y que entre las dos hablaban de todo. La madre, que también había acudido a la consulta, confirmó que no guardaba ningún secreto ante la hija y que incluso hablaba con ella abiertamente de sus problemas sexuales y matrimoniales.

Este tipo de confianzas, sin embargo, es una locura para el hijo o la hija. Las cuestiones que se refieran a los padres como pareja no deben debatirse con los hijos; de lo contrario, los hijos se involucran y, en consecuencia, asumen la responsabilidad de asuntos que no son suyos. Así, por ejemplo, los hijos desarrollan la fantasía de que podrían llenar un vacío emocional que uno de los padres siente en la relación con el otro. Los padres llevan la responsabilidad solos y también deben establecer los límites.

Esto se aplica sobre todo en caso de un divorcio. En este contexto, los hijos frecuentemente presentan un bajón considerable, primero a nivel de atención y después en el rendimiento escolar. Pero por regla general, lo que afecta tanto a los hijos no es sólo el divorcio de los padres. Si bien el divorcio es una herida profunda, puede curarse y cicatrizar bien si los padres asumen la responsabilidad y si los hijos pueden seguir queriendo a ambos padres. Donde, por lo contrario, la responsabilidad se transfiere a los hijos, por ejemplo, preguntando a un niño de once años con quién de los padres quiere vivir después de la separación, las consecuencias serán fatales para el hijo. Si se decide por el padre, se siente culpable ante la madre, y a la inversa. En cambio, si los padres toman la decisión, el hijo queda libre, aunque durante un tiempo se rebele contra esta decisión. Eso es más fácil de sobrellevar que la decisión misma y sus consecuencias.

Además, un niño necesita ocupar el lugar que le corresponde en la familia. En un principio, esto significa el lugar correcto en la fila de los hermanos. Muchas veces se silencia la existencia de hermanastros, por lo que un hijo se cree el primogénito sin serlo en realidad. Como maestra experimentada de forma muy patente los trastornos que pueden originarse a partir de este desorden con Florian, un alumno de 13 años, extremadamente agresivo. Una y otra vez sus compañeros de clase acudían a mí como tutora, quejándose por los violentos ataques verbales de Florian. Además tenía la manía de cambiar de mesa al menos tres veces a la semana, con el argumento de que ya no aguantaba más al lado de ese compañero concreto y que ése no era el lugar adecuado para él.

En una conversación con los padres, éstos daban la impresión de estar preocupados e impotentes, porque ya conocían estos problemas con su hijo desde sus tiempos en la guardería y todos los intentos de solución habían fracasado. A raíz de mi observación en clase, pregunté a los padres si les parecía posible que Florian estuviera luchando por su lugar en la familia. También pregunté por hijos fallecidos o medios hermanos del chico. La respuesta del padre a esta última pregunta fue afirmativa: Florian tenía un medio hermano, pero no sabía nada de su existencia.

El padre, antes de su matrimonio, tuvo una relación muy breve con una mujer que, por mutuo acuerdo, no siguió adelante, y tampoco el embarazo pudo cambiar nada en esta decisión. Él pagaba por su hijo, pero sólo lo había visto dos veces en su vida. Su esposa sabía de la existencia de ese hijo, pero no querían "cargar" a Florian y a su hermana menor con esta información. Cuando hablamos de la importancia de ese medio hermano para sus hijos, los padres se mostraron dispuestos a contárselo a los niños, y el padre dijo que, si bien le imponía pensar en la conversación, también empezaba a notar una especie de liberación en ese mismo momento.

Después de las vacaciones de Navidad, Florian se me acercó el primer día de clase, me dijo con firmeza dónde se quería sentar y afirmó: "En esta mesa me quedo". Y así fue. Más tarde me contó de pasada que tenía un hermano mayor "genial" que venía a visitarlos a veces. No obstante, su agresividad se mantuvo, sobre todo, sus comentarios despectivos sobre el otro sexo. Su padre volvió para otra entrevista, porque Florian también insultaba a su hermana, pudiendo llegar incluso a la violencia física.

Pregunté si en la familia había algún hombre que no fuera respetado, o si había alguna injusticia. Después de unos instantes de reflexión, el padre contestó que no sabía si podía tener alguna importancia el hecho de que él no conociera a su padre, porque éste murió en la guerra. De todos modos, su madre no estuvo casada, y él mismo nunca había preguntado por su padre, lo cual le extrañaba a él mismo. La manera en que su corazón empezó a latir durante nuestra conversación afirmó su decisión de hablar con su madre y pedirle más información.

Así, a sus 42 años, el padre se enteró de que su padre no murió, sino que su madre sólo había pasado una noche con él, un soldado americano. Cuando se dio cuenta de su embarazo, inventó la historia del soldado muerto en un accidente de avión, para así evitar la vergüenza. La madre

actuó por amor ciego que no le permitía mirar ni al hombre ni al hijo, de manera que el padre perdió a su hijo, y el hijo perdió a su padre. Florian supo de la suerte de su abuelo, y la familia aprovechó las vacaciones de verano para viajar a Estados Unidos y buscar al abuelo. En cuanto Florian conoció la historia de ese abuelo, sus ataques de ira en la escuela cesaron. Parecía como si él, inconscientemente, hubiera expresado la rabia de su abuelo y de su padre, transfiriéndola a otros.

Por amor descuidamos los órdenes en nuestras relaciones, arreglando los hechos según nuestro propio criterio. El alma, sin embargo, no resiste estas intervenciones, y algunos trastornos de comportamiento en niños y jóvenes son prueba evidente del desorden. Un alumno de diecisiete años, Christian, acudió a una entrevista psicopedagógica porque ya no podía concentrarse en el estudio. Este hecho era tanto más grave porque ya estaba repitiendo curso, y todo parecía indicar que tampoco esta vez iba a aprobar. De esta forma, su carrera escolar se acabaría. El chico hablaba sin fuerza, en tono resignado.

A mi pregunta de cómo le había ido a su padre en la escuela, sólo me miró y dijo: "¿Cuál de mis padres?" Que yo supiera, únicamente se tenía un padre, fue mi comentario, y él me explicó que en su caso era diferente. Su madre, ya embarazada, se casó con su padre legal que también le había dado su nombre. El marido también se creía padre del niño. En realidad, sin embargo, su madre había tenido una relación corta con otro compañero del piso que compartían, el padre biológico de chico. Él mismo supo la verdad con once años, su supuesto padre lo supo un poco antes. A su padre biológico lo había visto dos veces. Lo encontraba simpático, pero entre ambos había una gran distancia.

El matrimonio de su madre fracasó, el padre legal seguía pagando por el hijo adoptado, y la madre vivía ahora con una nueva pareja, su "vicepadre", y con sus dos hermanastras. Para que el chico pudiera sentir cuál era su lugar, le hice visualizar a su madre al lado de su padre biológico, ambos abrazándolo como su hijo, y finalmente permitiendo que el hijo se pusiera al lado de su padre. Su cara mostraba el bienestar que esta imagen le producía. Al cabo de unos instantes, en los que permaneció sentado en silencio, dijo que sentía calma y fuerza en su interior, y añadió: "Los apellidos de mi padre me gustan, creo que me gustaría llamarme también así".

Cuatro semanas más tarde acudió a la consulta una mujer aquejada por estados de agotamiento. Era la madre de Christian. En su versión de la historia, aparecieron todavía más detalles importantes que habían sido silenciados ante Christian, manifestando así que los hombres no tenían ningún lugar ni eran respetados en la familia de la madre. La madre estaba prácticamente comprometida cuando empezó una relación con el verdadero padre del chico, que sólo duró muy poco y no se tomó en serio por ninguna de las partes. Cuando se dio cuenta del embarazo, sabía claramente que el hijo era de él y así se lo dijo.

Para su gran sorpresa, el hombre le propuso el matrimonio, pero ella le explicó que ni siquiera este hijo cambiaba nada en el amor que ella sentía por su novio, y que su intención era la de vivir con éste y con el hijo como una familia. Al padre biológico le exigió la promesa de guardar el secreto de su paternidad hasta que ella misma se lo hubiera explicado a su pareja y al hijo. Asimismo rechazó su oferta de pagar la manutención del niño. Cuando su marido, aproximadamente un año después de la boda, supo la verdad, pensó que este hecho no afectaba para nada el cariño que sentía para la madre y el hijo, y así decidieron que, dado que ambos querían a Christian, también eran sus padres.

Cuando el matrimonio, al cabo de diez años, fracasó, por primera vez empezó a dudar de la decisión de aquel entonces, y Christian supo la verdad. Pero la confusión en el sistema aún era más extensa, ya que las dos hijas del segundo matrimonio de su ex marido pensaban que Christian era su medio

hermano. Cuando durante la consulta miramos el orden que concedía a cada uno de los miembros de la familia su lugar adecuado, permitiendo así que los hijos salieran de la confusión, la mujer comentó de repente: "¡Así fue también con mi abuela paterna!". Al final de la sesión dijo muy seria: "Tengo bastantes asuntos por arreglar, y me empieza a latir el corazón cuando lo pienso, pero también me doy cuenta de cómo va desapareciendo mi cansancio". Además, ya había podido observar algunos cambios positivos en Christian que también la animaban a dar estos pasos. En un examen importante de matemáticas había sacado un suficiente, y en general empezaba a desarrollar nuevas energías. Así se había inscrito a un taller de fotografía, aunque no podía saber que la fotografía era la pasión de su padre.

¿Qué abre a los niños para su propio bienestar?

Si, como padres o como maestros, únicamente nos fijamos en el niño como individuo, relacionando determinadas dificultades exclusivamente con él, el niño se convierte en problema y la tarea más profunda, que este niño o joven pretende solucionar con su comportamiento incontrolable o autodestructivo, no se ve ni se valora. En su lealtad con otra persona de la familia y con su destino, el niño tampoco puede admitir que le ayuden, ya que viviría como una traición el hecho de que a él le fuera mejor que a aquella otra persona.

Esta es una de las causas por las que los adolescentes muchas veces rechazan la terapia, o sabotean la ayuda cuyo único objetivo es la mejora del cliente individual, sin tener en cuenta el contexto de su familia o incluso rechazándola. En cambio, si miramos a la familia como conjunto, nadie tiene que cambiar, ni los padres ni el hijo. Ante nuestros ojos aparece el destino que marca y domina a la familia, y las fuerzas más profundas del alma, que tienden a la solución y a la sanación, pueden empezar a desplegarse. Los padres miran a su hijo de otra manera, con nuevos ojos. Toda la familia queda un poco más libre para el futuro.

También el maestro ve al alumno y a su familia de una forma nueva. Se fía de su percepción, pero la abre para el contexto más grande en el que "obra el destino y la impotencia trae la paz" (Bert Hellinger). Se deja tocar por aquello que actúa en una familia. Pero no tiene que hacer nada, ni por el niño ni por su familia. No tiene que hacer responsable a nadie ni salvar a nadie. Simplemente, para un tiempo breve, se pone al servicio de lo insondable que necesita salir a la luz y cobrar fuerza como realidad sanadora, para luego retirarse de nuevo a las tareas propias del maestro.

Sieglinde Schneider